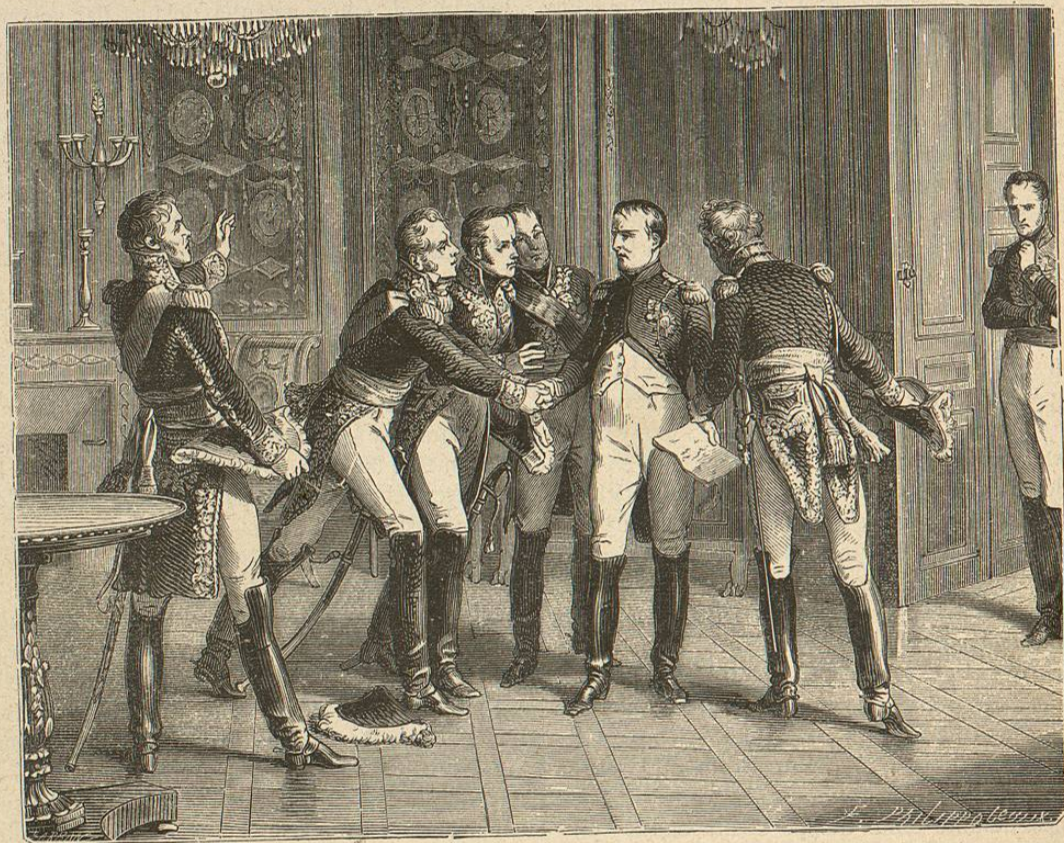


Talleyrand (Beurnonville, Jancourt, Dalberg, Montesquiou) no fueron mas que un simple disfraz de éste y aquel artículo de la libertad fué simplemente la capa de una firme garantía de intereses y de propiedad.

Solo la sombra del Senado imperial podia mostrarse en 1.º de abril dispuesta á otorgar esto. De los 142 individuos de que se componia el Senado, á duras penas pudieron reunirse 63, que se limitaron á aprobar lo que Talleyrand les proponia despues de haberlo meditado mucho. Hasta la tarde del 2 de abril no adoptó el Senado el acuerdo de destinar al emperador y abolir el imperio y de hacer pública esta resolucion precedida de una exposicion de motivos redactada por el senador Lambert, cada uno de cuyos párrafos era



Napoleon anuncia á los mariscales su abdicacion

tenecian á la antigua Francia, resolviendo adherirse á los acuerdos del Senado (1): de esta suerte quedó legalmente decretado, en la medida de lo posible, el destronamiento del emperador, faltando solo que el ejército lo confirmara para que todo quedara consumado. Esta declaracion del ejército estaba en manos del mariscal Marmont, el cual con los diez mil hombres del sexto cuerpo se encontraba junto al riachuelo Essonne, es decir, á igual distancia de Paris, donde se hallaba el emperador Alejandro, que de Fontainebleau, donde Napoleon, que habia llegado precipitadamente del Marne, se habia refugiado con los restos de sus tropas.

El príncipe Schwarzenberg envió al mariscal Marmont, en 4 de abril, los antes citados acuerdos del Senado y del Cuerpo legislativo tocantes á la destitucion del emperador y á la abolicion del imperio, invitándole á ponerse «bajo los pliegues de la bandera de la buena causa» y añadiendo: «Os suplico, en nombre de vuestra patria y de la humanidad, que acepteis las proposiciones que han de poner término al der-

(1) Todas las actas de estas sesiones se encuentran en Hélie: *Les constitutions de la France*, pág. 871.

ramamiento de la sangre de los valientes que teneis á vuestras órdenes (2).» La contestacion del mariscal Marmont fué la siguiente: «La opinion pública ha sido siempre la norma de mi conducta. Desde el momento en que, en virtud de un acuerdo del Senado, el ejército y el pueblo quedan relevados de su juramento de fidelidad al emperador Napoleon, estoy dispuesto á contribuir á una aproximacion entre el ejército y el pueblo que evite toda posibilidad de una guerra civil y que ponga término al derramamiento de sangre.» Solo imponia para ello dos condiciones: que á las tropas francesas que abandonaran la bandera de Napoleon se les concediera el derecho de retirarse á Normandía con armas, bagajes y municiones; y que en el caso de que Napoleon, en el curso de estos sucesos, cayera en poder de los aliados, su vida y su libertad le serian garantidas dentro de un espacio de territorio y de un país circunscrito, á eleccion de las potencias aliadas y del gobierno francés. Concedidas estas condiciones, Marmont participó en 5 de abril á su ejército por medio de una orden del día, lo que habia resuelto para evitar las in-

(2) Vaulabelle, tomo I, pág. 325.

calculables consecuencias de una guerra civil. Los mariscales Ney, Oudinot, Macdonald y Lefebvre, que se encontraban en Fontainebleau al lado de Napoleon, tenian conocimiento de los acuerdos del Senado y meditaban desde la mañana del 3 de abril cómo podrian convencer al emperador de la necesidad de que abdicara. ¿Por qué no ha de abdicar, se preguntaban, siendo este el único medio de conseguir la paz? Cuando Napoleon dió el dia 4 orden de trasladar el cuartel general al otro lado de Ponthierry y por tanto de comenzar la marcha de ataque contra Paris, para la cual habia preparado el dia antes á sus guardias con una ardiente arenga, fué ya preciso romper el hielo. Despues de la parada, los mariscales siguieron al emperador á sus habitaciones; Macdonald

llevaba en la mano una carta abierta: era del general Beurnonville, quien como miembro del gobierno provisional daba cuenta al mariscal del acuerdo de destitucion adoptado por el Senado en 2 de abril y de la declaracion de los aliados de que no querian tratar con Napoleon ni con ningun individuo de su familia. El emperador preguntó: «¿Qué es esto? — y se apoderó de la carta que en su mano tenia el mariscal. — Tened la bondad de leerlo vos mismo, señor, — contestó Macdonald. — ¿Puede leerse la carta en alta voz, señor mariscal? — Sí, señor.» Entonces un secretario de gabinete tomó la carta y la leyó. Los mariscales tenian clavadas sus ansiosas miradas en el semblante del emperador para sorprender la impresion que lo que se leía le causaba; pero aquel rostro de



Alejandro se decide por los Borbones al saber la defeccion del sexto cuerpo

mármol permaneció inmutable. «Mañana, — dijo Napoleon, — exigiremos cuentas de todo esto. Cuento con vosotros, señores míos.» De lo que sucedió despues, tenemos un testimonio seguro, cual es el documento en el cual el emperador abdicaba en favor de su hijo, bajo la regencia de la emperatriz y con la subsistencia de las leyes del imperio (1).

Este documento prueba que los mariscales debieron de decir al emperador, en tono resuelto que no daba lugar á duda alguna, que no marcharian sobre Paris. Hecho esto, pudo preguntarse el emperador: «Y ahora ¿qué debo hacer?» pregunta á la que todos unánimemente hubieron de contestar: «Abdicar, señor; solo la abdicacion puede sacarnos de

(1) «Habiendo manifestado las potencias aliadas que el emperador Napoleon era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleon, fiel á su juramento, declara que está dispuesto á descender del trono, á abandonar la Francia y hasta á perder la vida por el bien de la patria, inseparable de los derechos de su hijo, de los de la regencia de la emperatriz y del mantenimiento de las leyes del imperio. Dado en nuestro palacio de Fontainebleau, en 4 de abril de 1814. — *Napoleon.*»

todos estos conflictos (2).» Portadores de una abdicacion que por su salvedad completamente imposible descubria cuán deslealmente habia sido concebida, partieron inmediatamente para Paris el duque de Vicenza y los mariscales Ney y Macdonald, temerosos de la acogida que allí se les dispensaria á ellos y á la condicional abdicacion que consigo llevaban. Ney y Macdonald acababan de presentar al emperador Alejandro la proposicion de la regencia de la emperatriz como una especie de *ultimatum* del ejército, cuando entró en la habitacion un ayudante que entregó al emperador un despacho y le dijo algunas palabras en ruso. Alejandro pasó rápidamente los ojos por el despacho y dijo: «Este ejército no piensa todo de la misma manera, pues una parte de él no quiere oír hablar mas de Napoleon. El cuerpo del duque de Ragusa, por ejemplo, abandona la causa imperialista y se pasa á nuestro bando, y en este mismo momento está cruzando la línea de mis tropas. — ¡Imposible! — exclamaron los mariscales. — Leed vosotros mismos, señores,» dijo el em-

(2) Vaulabelle, tomo I, págs. 319-320.



perador alargándoles el despacho del príncipe Schwarzenberg que decía que todos los regimientos del cuerpo de Marmont habían abandonado sus posiciones y se retiraban por completo á Versalles (1). Entonces comprendieron los mariscales que nada podía oponerse ya á la exigencia de una abdicacion incondicional del emperador, encargándose el mariscal Ney de vencer de ello á Napoleón.

Este, durante la mañana del 5 de abril estaba todavía entregado á las mas extravagantes ilusiones, segun se desprende de una comunicacion que tomamos de los archivos rusos (2). A las once y media de dicha mañana trazó un plan que hizo firmar al duque de Bassano: con los 20,000 hombres que despues de la retirada de Marmont le quedaban todavía, queria lanzarse á Italia para unirse al príncipe Eugenio, en quien suponía mas lealtad de la que realmente tenía. «Si quiero y llevo, estoy seguro de que toda Italia me reconocerá,» decía, confiando en que él, el italiano, era el libertador y el regenerador de este pueblo, que veneraba en él al mas grande de sus compatriotas. Mandó llamar al duque de Reggio, mariscal Oudinot, y le preguntó si las tropas le seguirían. «No, señor, — contestóle, — ya V. M. ha abdicado — Pero he abdicado solo bajo ciertas condiciones. — Los soldados no hacen estas distinciones y creen que ya no pueden seguir obedeciendo. — Por este lado nada hay ya que esperar; esperemos lo que venga de Paris.»

A media noche llegaron los mariscales Ney y Macdonald. Ney fué el primero que entró: «¿Habeis tenido éxito? — preguntó el emperador. — En parte, señor, pero no por lo que hace á la regencia. Las revoluciones no retroceden en su curso y ésta ha emprendido ya la carrera. Era demasiado tarde; mañana el Senado reconocerá á los Borbones. — ¿Y á dónde iré yo á vivir con mi familia? — Donde V. M. quiera, en la isla de Elba por ejemplo, con seis millones de renta. — ¡Seis millones! esto es demasiado, ¿qué haré con ellos? Para mis gastos no necesito un luis de oro diario. Vuelvo á ser soldado. Saludo á mis hermanos de armas, de quienes me despido; deséo que sean muy felices. He querido la felicidad de Francia, pero me he equivocado (3).»

Cuando el día 6 de abril el Senado acabó con el imperio llamando solemnemente á Francia á los Borbones, dispósese tambien el sueño del ex-mariscal Bernadotte, cuyo final poco ruidoso demuestra que se habia encariñado mucho con la idea de reinar en Francia, que habia abrigado tambien su protector el emperador Alejandro.

Cuando, como hemos visto, los cuerpos de Bulow y de Winzingerode, hasta entonces mandados por Bernadotte, hubieron de juntarse con el ejército de Blucher, lord Castlereagh, segun él mismo dice, apoyó esta proposicion con gran energía no solo porque queria reforzar á Blucher contra Napoleón, sino tambien porque deseaba debilitar á Bernadotte é impedir que con los 80,000 hombres representara un papel político con que desde hacia mucho tiempo venia soñando su ambicion. Y como Inglaterra le proporcionaba los cuantiosos subsidios sin los cuales nunca hubiera podido pensar en hacer la guerra en el continente, Bernadotte hubo de hacer aquel doloroso sacrificio, ante la orden de Castlereagh, no sin forjar, en su exasperacion, los mas descabellados planes de venganza, que aquel descubrió cuando ya habia pasado el peligro. El día 3 de mayo escribió Castlereagh sobre este particular á lord Liverpool una memoria puramente confidencial que habia de causar no poca extrañeza en Londres, acompañándola de dos documentos notabilísimos. Uno de

(1) Vaulabelle, tomo I, págs. 333-334.

(2) *Aperçu de la politique du cabinet de Russie*, en el *Archiv* (*Sbornik*) de la Sociedad histórica imperial rusa, 1880, pág. 408.

(3) *Aperçu*, pág. 408.

ellos era un «manifiesto oficial» que un ayudante del príncipe heredero de Suecia, conde de Viel-Castel, habia publicado en Pau para comunicar á la poblacion del Bearn la muy importante noticia de que el ejército de los aliados habia entrado en Paris á las órdenes del príncipe heredero de Suecia y que los parisienses habian prorumpido en aclamaciones de: ¡Viva nuestro libertador! ¡viva Luis XVIII! ¡viva el príncipe heredero de Suecia! «La ciudad ha dirigido á esta última alteza real una proclama dando las gracias á este ilustre y noble guerrero por la paz que quiere dar á nuestra querida patria. ¡Alegráos, habitantes de esta ciudad! Este gran hombre nació entre vosotros. ¡Viva el rey (4)!»

El otro documento adjunto era una carta del general conde Maison, general en jefe del primer cuerpo de ejército, dirigida á Berthier, príncipe de Neuburg, en que le decía desde Lila, con fecha de 20 de marzo, que el día anterior un oficial sueco habia conducido á las avanzadas de la guarnicion de Ypern 40 prisioneros franceses, oficiales de distintas graduaciones, á quienes el príncipe heredero de Suecia habia puesto en libertad bajo palabra de honor, habiendo llevado al propio tiempo una carta del general Spaar que fué entregada al comandante de Ypern. «De las declaraciones de muchos generales se desprende que el oficial sueco quiso entablar negociaciones para un canje y que regresó á su puesto despues de haber recomendado eficazmente á aquel señor la súplica contenida en la carta del general Spaar. Segun todo lo que estos prisioneros decían, el príncipe heredero se encuentra, al parecer, en una disposicion de ánimo que su majestad podría utilizar para separarle de la causa de los aliados. Si se procedía al canje propuesto por el príncipe, podrían hacersele directamente proposiciones que probablemente tendrían un éxito feliz. Entre él y el duque de Weimar existe una gran desconfianza y al propio tiempo una gran desavenencia. El oficial sueco llevaba la mision, en el caso de que el último no quisiera dar libertad á los prisioneros, de exigir del duque la negativa por escrito y de declarar que si se impedía la vuelta de los prisioneros á Francia enviaria un destacamento para llevárselos por fuerza y mandaria hacer fuego sobre todas las tropas que contrariaran sus disposiciones, cualquiera que fuese la potencia á que pertenecieran. Despues de haberse manifestado abiertamente contrario á la restauracion de los Borbones en Francia, exigió el príncipe de todos los prisioneros que prefirieran morir por el emperador á tolerar que esta familia destronada volviera al trono, y les aconsejó que excitaran á sus respectivas provincias á rechazar este nuevo plan de los aliados. Conversando con estos oficiales, díjoles tambien el príncipe que se quedaba en Lutlich con todas sus tropas y que solo saldría de allí con buenos auspicios. He creído deber mio entrar en todos estos detalles por la importancia que hay que dar á los sentimientos de que el príncipe de Suecia hace gala, por decirlo así, en público. El señor de Franzenberg, á quien he conseguido hacer atravesar las avanzadas enemigas, engañando para ello al general prusiano Borstell acerca del objeto de su viaje, me ha contado, á su regreso, algo respecto de las intenciones del príncipe de Suecia. Lo que ahora dicen los oficiales sobre este particular me afirma en la opinion de que su majestad lograría, mediante algunas declaraciones inmediatas y oficiales, separar á Suecia de la alianza despues de haber visto esta nacion que para su seguridad habian ido las cosas demasiado léjos.»

Estos dos documentos, antes completamente ignorados,

(4) Al pié de esta noticia oficial se decía: «Impresa por orden del señor conde de Viel-Castel, edecan de S. A. R. el Príncipe real de Suecia, de comision en el Bearn. Impresa en Pau, en casa de Veronese, librero.»

constituyen un cuadro de deslealtad y de traicion del que antes solo se tenia un conocimiento imperfecto. Castlereagh, al enviarlos, adicionó su nota de 3 de mayo diciendo que aquel conde Viel-Castel habia hecho circular por Pau la noticia de que Bernadotte seria nombrado regente general del reino y que durante cierto tiempo estaria encargado del gobierno en nombre de los Borbones. Estos, realmente, le habian tenido al principio por el hombre de confianza de los aliados y por el amigo leal de Luis XVIII, hasta que la experiencia les habia enseñado á conocerle mejor. «El acuerdo que adoptamos en Bar-sur-Aube de poner á las órdenes de Blucher todos los cuerpos que habian avanzado fué en este asunto, así como desde el punto de vista militar, el acto capital que decidió muchas cosas. El desengaño mortal que sufrió Bernadotte en Lutlich púsole furioso y me inclino á creer que entonces hubiera podido Bonaparte lograr de él que se retirara con todos sus suecos, ya que no se hubiera atrevido á mas, dado que conocia perfectamente la disposicion de este ejército. Es evidente que solo hubiera querido servirse de los Borbones como instrumento para su propia elevacion, á pesar de las seguridades que por conducto de Thornton nos dió de que no cabía término medio entre Luis XVIII y Bonaparte.» Una feliz casualidad nos ha conservado otro documento que demuestra la doblez del «héroe del Norte.» En el mismo día 19 en que llegaron á las avanzadas de Ypern los 40 oficiales á quienes tan bellos consejos contra los Borbones habia dado por el camino, el príncipe heredero dirigió, en Lutlich, al primer ayudante y plenipotenciario de Luis XVIII un largo discurso que comenzaba con las siguientes palabras: «Soy adicto á la causa de los Borbones y yo solo poseo los medios de asegurarles el triunfo. Los aliados nada pueden hacer sin mí, pues el pueblo francés confia en mí y desconfía de ellos (1).»

Por fin llegó tambien para este mártir de los «penosos esfuerzos para conseguir la grandeza que se le negaba» la hora terrible.

Pocas horas despues de la rendicion de Paris presentóse en esta ciudad acompañado de Mad. Stael y de Benjamin Constant (2). Para no malograr con una intempestiva publicidad su papel de pretendiente, presentóse durante los primeros dias sin ostentacion alguna y antes de visitar al emperador Alejandro espíó atentamente á todos los que de la confianza de éste disfrutaban, al frente de los cuales figuraba, desde la entrada en Paris, el general corso conde Pozzo di Borgo, ayudante del emperador, como conocedor de Francia y enemigo mortal de Bonaparte (3). El príncipe heredero invitó á comer y en el seno de la confianza le preguntó si los aliados habian ya tomado una resolucion concreta respecto del porvenir de Francia. «Palabra de honor, príncipe, estamos en gran perplejidad, — contestó el astuto corso, — y creo que los consejos de V. A., que tan bien conoce á la Francia, serian muy oportunos. ¿Qué creéis que han de hacer las potencias? ¿Qué jefe puede darse á una nacion tan difícil de gobernar? — ¿Pero todavía está por resolver esta cuestion? preguntó Bernadotte. — Sí, todavía está pendiente, á pesar de las instancias de los Borbones. — Paréceme, señor conde, que esta familia ha llegado á ser completamente extranjera para este país; lo que Francia necesita ante todo es un soberano francés que nada tenga que echar en cara á la Revolucion. — Es indudable. — Necesitase un hombre que posea tambien grandes conocimientos militares. — Del todo conformes. — Un

hombre que esté al corriente de la gran administracion, que haya manejado los intereses de Europa. — ¡Esto es, esto es! Proseguid, príncipe, os lo ruego. — Un hombre, en fin, á quien los soberanos aprendan á apreciar y cuyo carácter sea una garantía de mesura, de lealtad y de fe. — Perfectamente, príncipe, lo que he tenido el honor de escuchar de vuestros labios me he permitido ya decirlo y escribirlo. He hecho todavía mas: me he atrevido á indicar el nombre de aquel á quien, á mi modo de ver, deben ser confiados los destinos de nuestra antigua patria comun,» y al decir esto dirigió Pozzo una respetuosísima mirada á Bernadotte, el cual, disimulando su alegría, dijo sonriendo: «¿Seria indiscreto preguntar cuál ha sido la persona que vuestra experiencia ha designado? — Apuesto á que V. A. lo ha adivinado. — Podría haberme equivocado, señor conde; decidme, por favor, quién es el que ha merecido vuestro voto. — Puesto que lo exigís, príncipe, sea: soy yo, yo, sí. Soy francés, soy militar, conozco la administracion, estoy familiarizado con los intereses de Europa y me honro con la amistad de casi todos los soberanos. ¿No son estas las condiciones que V. A. exige (4)?» Bernadotte se levantó furioso de la mesa y se retiró precipitadamente. Esta burla hecha á sus planes predilectos y de todos conocidos por un cortesano que nada era sin el favor de Alejandro, demostraba que habia perdido la partida. Al día siguiente de haber entrado el conde de Artois en Paris, Bernadotte salió de esta ciudad; pero cuando Luis XVIII revistó en Compiègne á los mas celosos de sus leales, fué uno de los primeros en rendirle homenaje el príncipe heredero de Suecia, el ex-mariscal Bernadotte (5).

El día 6 de abril el Senado votó una nueva constitucion que fué sometida á la aprobacion del pueblo francés y que habia de ser luego jurada por Luis XVIII. Hablando de éste decía el artículo 2.º: «El pueblo francés llama libremente al trono de Francia á Luis Estanislao Javier de Francia, hermano del último rey, y despues de él á los demás individuos de la casa de Borbon por el antiguo orden de sucesion,» y decía tambien el artículo 29: «Luis Estanislao Javier será proclamado rey de Francia en cuanto haya jurado y suscrito una acta que diga: «Acepto la Constitucion y juro observarla y hacerla observar.» Este juramento se repetirá en el acto solemne en que el rey reciba el juramento de fidelidad de los franceses.» Además de los artículos fundamentales reproducidos del acuerdo de 1.º de abril, la Constitucion hecha para proteger á la nueva Francia contenía otros dos en extremo importantes. En efecto, decía el 3.º: «La antigua nobleza recobrará sus títulos; la nueva conservará los suyos con el carácter de hereditarios. La Legion de Honor subsistirá con todos sus privilegios. El rey determinará la forma del distintivo.» El artículo 6.º cuidaba del Senado mas que paternalmente, como era de esperar, y en él se decía: «Habrán ciento cincuenta senadores, por lo menos, y doscientos á lo sumo; la dignidad de los mismos será iniyolable y hereditaria en línea masculina por derecho de primogenitura. Los actuales senadores conservarán sus puestos y continuarán disfrutando de todas sus dotaciones (6).»

Esta constitucion senatorial de 6 de abril era un elemento casi ridículo por lo cándido que se aportaba á la solucion de la cuestion magna relativa al modo de reconciliar á la nueva Francia con su antigua monarquía. Esta cuestion habia sido

(4) Beranger, págs. 164-166.

(5) Al final de su ya citada memoria de 3 de mayo, dice Castlereagh: *He now retires to Sweden after paying his respects to the King at Compiègne, disappointed in all his projects and having fallen completely into disrepute, even with his own army, who feel humiliated by the inactivity to which they have been doomed throughout the campaign.*

(6) Hélie, págs. 880-882.

(1) *Supplementary Despatches of Wellington*, tomo VIII, pág. 706.

(2) Beranger: *Ma biographie*, Paris, 1858, pág. 156.

(3) Véase su memoria acerca del procedimiento seguido en Paris. Véase tambien el ya mencionado *Aperçu* en el *Sbornik*, 1880, páginas 401-403.